

Capitalismo, tecnología, cultura y dialéctica del dolor

Capitalism, Technology, Culture and Dialectics of Pain

Jorge Luis Valdés Barragánⁱ  

Jair Abella Llanténⁱⁱ 

Jesús Santiago Peñafiel Mezaⁱⁱⁱ 

i. Universidad de San Buenaventura; Cali; Colombia

ii. Institución Educativa Navarro; Cali; Colombia

iii. Colegio Alas; Jamundí; Colombia

Correspondencia: Jorge Luis Valdés Barragán. Correo electrónico: secretario.seccional@usbcali.edu.co

Recibido: 17/07/2024

Revisado: 04/09/2024

Aceptado: 05/10/2024

Citar así: Valdés Barragán, Jorge Luis; Abella Llantén, Jair; Peñafiel Meza, Jesús Santiago. (2024). Capitalismo, tecnología, cultura y dialéctica del dolor. *Revista Ciencias Humanas*, (17), pp. 9-15. <https://doi.org/10.21500/01235826.7091>

Editor en jefe: Alexander Muriel, Ph. D., <https://orcid.org/0000-0003-0317-5781>

Coeditor: Claudio Valencia-Estrada, Esp., <https://orcid.org/10.21500/01235826.7091>

Copyright: © 2024. Universidad de San Buenaventura Cali. La *Revista Ciencias Humanas* proporciona acceso abierto a todo su contenido bajo los términos de la licencia *Creative Commons* Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Declaración de intereses: los autores han declarado que no hay conflicto de intereses.

Disponibilidad de datos: todos los datos relevantes se encuentran en el artículo. Para mayor información, comunicarse con el autor de correspondencia.

Financiación: ninguna. Esta investigación no recibió ninguna subvención específica de agencias de financiamiento de los sectores público, comercial o sin fines de lucro.

Resumen

La sociedad moderna enfrenta una compleja red de desafíos, avances tecnológicos y cambios culturales que han transformado cómo se experimenta y se comprende el dolor. Byung-Chul Han, filósofo surcoreano, argumenta que el capitalismo carece de una narrativa de la vida buena. Este artículo examina cómo el sufrimiento humano se manifiesta, se interpreta y se aborda en un mundo en constante evolución, influenciado por un sistema económico peculiar y complejo. En ese sentido, se exploran las diversas facetas de la dialéctica del dolor en la sociedad actual, desde la interacción entre el avance tecnológico y el sufrimiento humano hasta las diferencias culturales en la percepción del dolor, especialmente en el contexto de la pandemia del COVID-19.

Palabras clave: capitalismo, tecnología, cultura, dialéctica del dolor.

Abstract

Modern society faces a complex web of challenges, technological advances, and cultural changes that have transformed how pain is experienced and understood. Byung-Chul Han, the South Korean philosopher, argues that capitalism lacks a narrative of the good life. This article examines how human suffering is manifested, interpreted, and addressed in an ever-changing world influenced by a peculiar and complex economic system. In that sense, the various facets of the dialectic of pain in today's society are explored, from the interplay between technological advancement and human suffering to cultural differences in the perception of pain, especially in the context of the COVID-19 pandemic.

Keywords: capitalism, technology, culture, dialectics of pain.

Introducción

La sociedad actual está inmersa en una compleja red de desafíos, avances tecnológicos y cambios culturales que han transformado cómo se experimenta y se comprende el dolor. Byung-Chul Han (2021), el filósofo surcoreano, comenta que “el capitalismo carece de la narrativa de la vida buena” (p. 32). En ese sentido, el sujeto debe ser invitado a reflexionar sobre cómo el sufrimiento humano se manifiesta, se interpreta y se aborda en un mundo

Descargo de responsabilidad: el contenido de este artículo es responsabilidad exclusiva de los autores y no representa una opinión oficial de sus instituciones ni de la *Revista Ciencias Humanas*.

en constante evolución, con un sistema económico peculiar y complejo, que hace parte constitutiva de la red cultural donde el “ser ahí”, que es en todo caso el propio ser, está inmerso, fluye, deviene, pervive. Gestiona –en consecuencia– la interacción y –en este caso– se enferma.

Citando a Jünger, Han (2021) expresa que “no se puede hacer desaparecer el dolor; habla de la economía del dolor” (p. 20). Es necesario cuestionar las diversas facetas de la dialéctica del dolor en la sociedad actual; desde la interacción entre el avance tecnológico, el modelo imperante y el sufrimiento humano, hasta las diferencias culturales en la percepción del dolor, hay múltiples dimensiones de este tema. Igualmente, es pertinente analizar cómo la pandemia del COVID-19 ha agravado las cuestiones relacionadas con el dolor y cómo las soluciones pueden surgir de la comprensión, la empatía, la educación, la deconstrucción paradigmática y la resignificación. Además de la transformación tecnológica y la pandemia, el dolor en la sociedad contemporánea pende de la variabilidad cultural, se manifiesta en núcleos distintos de formas antagónicas, diversificando los síntomas y sus consecuencias, causando dificultades extras para su interpretación analítica. Pese a ello, enseguida se muestra la relación existente en el dolor, en cuanto resultado de enfermedad, y su allegado acercamiento al modelo significativo que ha devenido del sistema socioeconómico actual. Como lo llamaría Han (2021), “nuestro tiempo sin narración, en el que la vida se ha convertido es pura supervivencia” (p. 48).

Tecnología y dolor

La sociedad moderna se caracteriza por la omnipresencia de la tecnología, si bien ha traído consigo numerosos avances y comodidades, además, ha generado nuevas formas de dolor. La adicción a las redes sociales, la ciberintimidación y la desconexión de las relaciones humanas son solo algunos ejemplos de cómo la tecnología puede contribuir al sufrimiento humano. En palabras de Han (2017), “la comunicación digital no comunica, más bien informa” (p. 26). Asimismo, la tecnología ha alterado la forma en que el sujeto experimenta y se comunica, donde las redes sociales permiten difundir las luchas personales de manera más amplia, pero a menudo superficial; el dolor ahora se comparte a través de publicaciones en las que el “otro” generalmente reacciona sin calidez y con indiferencia, el contacto es invisible y no alimenta la sensación de compañía efectiva y empática. Las redes sociales son ese espacio de desahogo, aunque también de desarraigo, donde los individuos se pronuncian en consecuencia de emociones perturbadoras en búsqueda de una respuesta y esperan reacciones esperanzadoras que, finalmente, no contribuyen a sosegar el espíritu.

La tecnología ha suministrado diversos modos de mitigar el dolor, pero al mismo tiempo ha contribuido a profundizarlo; su vertiginoso avance no ha dado tiempo a usarla con inteligencia y razonabilidad, culturalmente no se establece un equilibrio en los cambios que produce la tecnología para adecuarse a su dialéctica. Han (2021) recuerda a Heidegger en ese “ser ahí” que intenta no ser abandonado: “Heidegger parte de la diferencia ontológica entre ser y ente. El ente debe al ser su evidencia y su comprensibilidad, se tiene que haber descubierto el ser para que se vuelva posible un comportamiento comprensivo de los entes” (p. 60); de modo que existe una lucha interna entre “el ser ahí” y el mundo circundante, donde en todo caso el ser es y se resuelve. Por ejemplo, la adicción a la tecnología es un fenómeno que ha surgido como una fuente de sufrimiento en la sociedad contemporánea.

Otros autores, como Sherry Turkle (2011) en su libro *Alone Together*, han argumentado que la dependencia de dispositivos electrónicos y redes sociales ha llevado a la desconexión interpersonal y a una sensación de soledad profunda. Siguiendo la línea de Turkle,

Han (2015) afirma: “la sociedad de hoy en día no explota a las personas; más bien, las vacía” (p. 25). La constante necesidad de estar conectados y la comparación permanente con los demás en las redes sociales pueden generar ansiedad y depresión, contribuyendo al dolor emocional.

Las redes que se venden como un “paliativo al dolor”, en las que los navegantes pueden expresar, comunicar, liberar y encontrar vínculos de compañía, han intervenido de tal suerte que los resultados son contrarios a la promesa: la sensación profunda de soledad, la apatía, la indiferencia y, sobre todo, el “juicio peyorativo” han vinculado la búsqueda con el encuentro de una naturaleza esquiva y casi esquizofrénica, en donde toda posición es brutalmente cuestionada. No obstante, surte los efectos de una droga de alta adicción, pues con toda la evidencia de la profundización del dolor, es consumida con más ímpetu e interés; la efervescencia por su uso no es comparable a ninguna otra. Frente a esto, Turkle (2015) manifiesta: “la tecnología nos ofrece la ilusión de estar juntos al tiempo que nos permite mantenernos físicamente a distancia” (p. 4).

La sobrecarga de información es otra consecuencia de la revolución tecnológica. Nicholas Carr (2010), en su obra *Superficiales*, sostiene que la constante exposición a una avalancha de información en línea puede aumentar el estrés y disminuir la capacidad de concentración y reflexión profunda. La multitarea digital, impulsada por la tecnología, a menudo hace sentir a los individuos abrumados y agotados, lo que se traduce en un tipo de dolor que afecta su calidad de vida. Con certeza, este cambio paradigmático de modos comunicativos e interpretativos se ha significado erróneamente y, en esa debilidad de construcción conceptual, ha contribuido a profundizar todo tipo de enfermedades mentales, generando incluso nuevas patologías físicas y psíquicas. Carr (2010) se reafirma en el juicio que “la red está diseñada para ser un sistema de interrupciones. Internet explota la debilidad humana al máximo” (p. 116).

No es problema de la tecnología el uso abusivo que se le da; existen ventajas significativas que han producido un efecto contrario, es decir, han sido cura del dolor y han ayudado a mejorar la calidad de vida de muchas personas. Esto implica que no es un problema del contexto *per se* de la tecnología, es más bien la correlación significativa de lo que representa a ojos del usuario; el problema es la diferencia existente entre aquellos que están “debidamente educados” para sacar provecho del ambiente y aquellos cuyo abuso profundiza los problemas de la salud mental. Al respecto, Turkle (2015) considera que “la conversación es un arte perdido, pero la tecnología nos ofrece oportunidades para recuperarlo. Las conversaciones son donde suceden las cosas” (p. 16).

En ese sentido, existen diversos contextos en los cuales la tecnología ha surtido resultados positivos. Verbigracia, la tecnología ha revolucionado el campo de la medicina y la atención médica. Eric Topol (2015), en *The Patient Will See You Now: The Future of Medicine Is in Your Hands*, destaca cómo la inteligencia artificial, la telemedicina y los dispositivos médicos avanzados están mejorando el diagnóstico y el tratamiento de enfermedades, reduciendo el sufrimiento de los pacientes y permitiendo un acceso más rápido a la atención médica. La tecnología también ha proporcionado soluciones para aliviar el dolor crónico a través de dispositivos de estimulación nerviosa y terapias de realidad virtual.

Por otra parte, desempeñó un papel crucial en mantener la conexión social durante la pandemia del COVID-19. Autores como Danah Boyd (2014), en su libro *It's Complicated: The Social Lives of Networked Teens*, argumentan que las redes sociales y las aplicaciones de videollamadas han permitido que las personas se mantengan conectadas a pesar de las restricciones de distanciamiento social. Esto redujo la soledad y el aislamiento que habían aumentado el sufrimiento durante la pandemia. La tecnología ha derivado de múltiples

maneras, cada una de ellas se asocia no al entorno en sí (su materialidad), sino al uso; este último se media por el significado, lo que a su vez se liga a la educación como sustento formal de culturizar conceptos. En estas circunstancias, el sistema enseñanza-aprendizaje es determinante, quizás, hoy más que en antaño.

Pandemia y dolor cultural

Otra variable del dolor es la cultura, pues este es una experiencia profundamente subjetiva y culturalmente contextualizada. Lo que puede considerarse doloroso en un entorno, puede no serlo en otro. Esta diversidad cultural en la percepción de este plantea importantes preguntas sobre la empatía y la comprensión intercultural. Para Han (2021), las maneras como se significa el dolor involucran su utilidad: “solo gracias al dolor el espíritu alcanza un nuevo conocimiento, una forma superior de saber y de conciencia” (p. 61). La dialéctica del dolor en la sociedad actual invita a examinar cómo las propias perspectivas culturales pueden influir en cómo se percibe el sufrimiento de los demás y se responde a él. Cabe agregar que “el exceso de imágenes dolorosas y violentas en los medios de masas y en la red nos obliga a la pasividad e indiferencia del espectador callado” (Han, 2021, p. 78).

La percepción y expresión del dolor son culturalmente mediadas; diferentes culturas tienen normas y expectativas sobre cómo las personas deben manifestarlo. Por ejemplo, en algunas culturas, la expresión abierta del dolor se ve como una señal de debilidad, mientras que, en otras, es una muestra de valentía o autenticidad emocional. Esto puede llevar a variaciones en cómo las personas describen y comunican su dolor a los demás, por tanto, a modos diversos de significación de lo que es doloroso, asociado al contexto de las relaciones humanas. El dolor puede percibirse como un signo de virtud o sacrificio. Verbigracia, en ciertas religiones y tradiciones espirituales, el sufrimiento es una forma de purificación o una vía para alcanzar un estado superior; mientras que, en otras, el dolor se asocia con la culpa o el castigo, lo que influye en cómo las personas interpretan su sufrimiento.

La sensación de dolor puede construirse por contraste: esta sensación no siempre es un signo de desgracia, su resignificación puede contribuir a un estado mejor, extrapolar el dolor a la catarsis, sobreponer la sensación y subsumirlo en las emociones posteriores del placer; en tanto, validarlo solo por el dolor implica rechazo, desorientación, tendencia al fracaso, percepción hacia la frustración. Si bien estos modos significados parten del conflicto que ocasiona el dolor, no necesariamente tienen un direccionamiento establecido; ese enfoque está relacionado con el modo interpretativo. Por tanto, el dolor puede ser cura, desahogo, descanso, coadyuvar a sanar, redireccionarse; todo ello hace parte de ese proceso dialéctico de cómo el sujeto afronta la experiencia. Han (2021) ejemplifica los significados del dolor y la respuesta de cura con el siguiente texto:

Cuando la hermanita ve que el hermanito siente un dolor encuentra un camino que está más allá de todo conocimiento; cariñosamente su mano encuentra el camino, acariciando quiere tocarlo allí donde le duele. De ese modo la pequeña samaritana se convierte en el primer médico. En ella opera inconscientemente un saber acerca de una eficacia primordial que dirige su impulso hacia la mano hacia el contacto eficaz. Porque esto es lo que experimenta el hermanito: la mano le hace bien. Entre él y el dolor se interpone la sensación de ser tocado por la mano de la hermanita y el dolor se retrae ante esa nueva sensación. (p. 47)

Las creencias culturales sobre el dolor y la enfermedad pueden afectar la forma en que las personas buscan tratamiento y cómo se comunican con los profesionales de la salud. En algunas culturas, la medicina tradicional desempeña un papel importante, mientras que, en otras, se prefiere la medicina occidental. Las terapias del dolor también

pueden variar según la cultura. Algunas confían en enfoques holísticos que incorporan prácticas como la acupuntura, la medicina herbal o la meditación, mientras que otras se basan en medicamentos y procedimientos médicos occidentales. La percepción de la eficacia de estas terapias puede depender en gran medida de las creencias culturales y las experiencias previas. Además, en algunas culturas, el dolor se ritualiza y se incorpora en eventos importantes de la vida, como rituales de iniciación, bodas o funerales; estos pueden darle significado y ayudar a las personas a procesarlo de manera colectiva. Por ejemplo, el duelo puede ser una experiencia compartida en la que la comunidad se reúne para apoyar a quienes están sufriendo.

Las narrativas culturales son igualmente importantes en la percepción del dolor. Las historias, los mitos y las leyendas transmiten mensajes sobre este y sobre la resistencia. Estas narrativas pueden influir en cómo las personas interpretan su propio sufrimiento y en cómo se relacionan con otros que experimentan dolor. La variabilidad cultural en la percepción y la significancia de esta sensación presenta desafíos y oportunidades. Por un lado, puede llevar a malentendidos en la atención médica y en la comunicación intercultural. Por otro, ofrece la posibilidad de enriquecer las perspectivas particulares sobre el dolor y la resiliencia al aprender de diferentes culturas. La percepción y la significancia del dolor son fenómenos culturalmente contruidos que influyen en cómo las personas vivencian y responden al sufrimiento; asimismo, invita a reflexionar sobre las creencias propias y las narrativas culturales, lo que puede enriquecer la comprensión del sujeto con respecto a este elemento fundamental de la experiencia humana.

Un análisis dialéctico que relacione el capitalismo y la sensación de dolor conduce a visualizar cómo el sistema económico y social que predomina en gran parte del mundo ha influido en la experiencia del dolor de múltiples maneras. El sistema capitalista puede estar vinculado al dolor en la sociedad actual, sobre todo en las promesas incumplidas que desbordan sentimientos y emociones de fracaso. Uno de los aspectos más evidentes de la relación entre el capitalismo y el dolor en la sociedad contemporánea es la creciente desigualdad económica. Autores como [Thomas Piketty \(2014\)](#), en su obra *El capital en el siglo XXI*, han documentado cómo el capitalismo tiende a concentrar la riqueza en manos de unos pocos, lo que resulta en una brecha económica cada vez mayor. Afirma [Piketty \(2020\)](#) que

La desigualdad no es necesariamente un mal en sí misma; puede ser útil para el crecimiento económico cuando se combina con la movilidad social. Pero cuando las oportunidades son escasas y la movilidad es limitada, la desigualdad puede ser perjudicial para la cohesión social y política. (p. 174)

Esta desigualdad económica puede llevar a formas de sufrimiento, puesto que las personas en la parte inferior de la escala económica a menudo enfrentan dificultades financieras, inseguridad laboral y acceso limitado a recursos y servicios básicos. Expresa [Piketty \(2014\)](#) que “la concentración de la riqueza, más que una anomalía, es la regla en la historia del capitalismo” (p. 89). El capitalismo también ha contribuido al estrés y la explotación laboral.

Por su parte, [David Graeber \(2021\)](#) argumenta que muchas personas en la sociedad contemporánea experimentan dolor emocional y físico, debido a las condiciones laborales precarias, la falta de autonomía en el trabajo y la presión constante para aumentar la productividad. La competitividad y la búsqueda de beneficios pueden conducir a la explotación de los trabajadores, lo que resulta en sufrimiento humano. Explica [Graeber \(2018\)](#) que “cuando alguien dice que el trabajo te hace libre, tiene razón, pero lo que no dice es que tienes que ser un esclavo para que eso funcione” (p. 81). El deno-

minado “capitalismo salvaje” ha irrumpido en la sociedad en una cultura de la “oferta y demanda”; rezagarse en ese horizonte social implica una sensación de “no ser parte”, quedar a la vanguardia del sistema de cosas y, lo que resulta más doloroso, no poseer la “capacidad adquisitiva” para tener sensaciones placenteras.

A modo de conclusión

En resumen, la tecnología ha proporcionado formas de mitigar el dolor, pero también ha contribuido a profundizarlo. Su vertiginoso avance no ha permitido un uso inteligente y razonable, y culturalmente no se ha establecido un equilibrio en los cambios que produce. La reflexión sobre la narrativa de la vida buena y la economía del dolor es esencial para comprender y abordar el sufrimiento humano en la sociedad moderna.

En ese sentido, es primordial estudiar concienzudamente cómo la sociedad capitalista ha significado el modelo de mercado, sin tomar en consideración variables que suscitan un enemigo invisible que resquebraja el sistema en su totalidad; la aniquilación mental y económica de las masas supone una anomalía formal. [Piketty \(2014\)](#) al respecto expresa: “cuando la tasa de rendimiento del capital supera la tasa de crecimiento de la economía, la desigualdad tiende a aumentar” (p. 26).

Otro elemento para analizar son las respuestas que da el capitalismo para el dolor que él mismo produce. Toda sensación de desequilibrio mental surte una posibilidad de medicación, que es uno de los sectores más rentables. La solución a la salud mental, en la que la contribución del sistema de desigualdades ha provocado deterioro; procede como mecanismo de escape el mismo ejercicio de “demanda”, con lo cual se coadyuvan las adicciones de fármacos, sin representar un modelo para la “cura”. Es decir, existe una contrariedad sistémica. Desde el horizonte de rutas de solución ofrecidas por la industria farmacéutica, aparece la arbitrariedad de suponer que cualquier tipo de trastorno en el comportamiento y la gestión de las emociones se puede reducir a un fármaco, los cuales suelen ofrecer respuestas paliativas de sensaciones de adormecimiento, sueño, sosiego estático y desprendimiento de la realidad. De este modo, proporcionan solo una “huida”, pero no la solución eficaz, aparte de lo cual, generan tipos de adicción que, en ocasiones reiteradas, producen nuevos problemas en la salud. La esperanza de solucionar una emoción no subyace en intervenir el sistema hormonal o nervioso, tal perspectiva abre nuevos espacios problemáticos; sin demeritar o rechazar el avance científico y su ayuda, deben evitarse repercusiones incluso más dañinas que la misma situación de desequilibrio mental.

En su libro *La fábrica de enfermedades (The Sickness Industry)*, [Ray Moynihan \(2003\)](#) explica que la industria farmacéutica suele promover la medicalización del dolor como una estrategia para aumentar las ganancias. Explican [Moynihan y Cassels \(2005\)](#) que “la medicina moderna a menudo se enfoca en la enfermedad en lugar de la salud, lo que lleva a un ciclo interminable de intervenciones médicas” (p. 22). Esto puede llevar a la sobreprescripción de medicamentos y a la dependencia de tratamientos farmacológicos, lo que puede tener efectos secundarios perjudiciales y contribuir al sufrimiento de los pacientes. El capitalismo también ha fomentado un *ethos* consumista que puede aportar al dolor existencial. [Zygmunt Bauman \(2010\)](#), en su obra *Vida líquida*, argumenta que la búsqueda constante de la satisfacción a través del consumo material puede llevar a una sensación de vacío y descontento crónico. Piensa [Bauman \(2000\)](#) que “la modernidad líquida nos ha llevado a vivir en un constante estado de incertidumbre y cambio, donde las estructuras sociales tradicionales se desmoronan” (p. 2).

Esta búsqueda insaciable de bienes materiales puede generar ansiedad y depresión, contribuyendo al sufrimiento psicológico. El capitalismo ha creado un paradigma de interpretación de la vida. Como sistema económico imperante, todas las soluciones que expresa están inmersas en los dictámenes de su propio momento dialéctico que está referido al aumento de capital. En ese sentido, es poco probable encontrar en el contexto capitalista una ruta de salida que involucre soluciones reales a las afecciones que, en términos de salud mental, se han acrecentado en la sociedad. El discurso no puede darse en la inmersión del sistema, se requiere tomar distancia significativa y, desde la academia, vislumbrar mecanismos de equilibrio.

En este horizonte, la universidad como rincón esperanzador enfrenta una ardua tarea, pues debe ligarse y desligarse del modelo: educar para la generación de productividad y, al mismo tiempo, resignificar lo humano como objetivo de vida. Al respecto, Bauman (2003) interpreta: “la sociedad líquida moderna valora más la velocidad y la eficiencia que la profundidad y la autenticidad en las relaciones humanas” (p. 38). No es fácil movilizar significaciones auténticas que dignifiquen “lo humano” si la academia no vuelve a tomar distancia analítica; en este contexto, los “campus universitarios” serán parte sin autonomía y, más delicado aun, sin injerencia en la búsqueda de soluciones a los males que aquejan a la sociedad que educa. Atrapada en las necesidades propias de la economía, es necesario establecer discusiones, desarrollar propuestas, ser artífice de una educación que corresponda con las problemáticas desde el punto de vista de lo “humano” que han degenerado en el actual modo. El dolor como tal hace parte de los modos particulares de ver el mundo, de enfrentarlo. La pregunta es si aún la sociedad está a tiempo de resignificar, si en la actualidad existen instituciones comprometidas que, dentro del sistema, tengan fuerza para modelar de forma distinta.

Referencias

- Bauman, Z. (2000). *Liquid modernity*. Polity Press.
- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. FCE.
- Bauman, Z. (2010). *Vida líquida*. Paidós.
- Boyd, D. (2014). *It's complicated: The social lives of networked teens*. Yale University Press.
- Carr, N. (2010). *Superficiales: ¿qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* (P. Cifuentes, Trad.). Taurus.
- Graeber, D. (2018). *Bullshit jobs: A theory*. Simon & Schuster.
- Graeber, D. (2021). *The pain of work*. Houghton Mifflin Harcourt.
- Han, B. C. (2015). *La expulsión de lo distinto* (A. Ciria, Trad.). Herder.
- Han, B. C. (2017). *Psicopolítica*. Herder.
- Han, B. C. (2021). *La desaparición de los rituales*. Herder.
- Moynihan, R. (2003). *La fábrica de enfermedades (The sickness industry)*. Debate.
- Moynihan, R., y Cassels, A. (2005). *Selling sickness: How the world's biggest pharmaceutical companies are turning us all into patients*. Nation Books.
- Piketty, T. (2014). *El capital en el siglo XXI*. FCE.
- Piketty, T. (2020). *Capital e ideología*. FCE.
- Topol, E. (2015). *The patient will see you now: The future of medicine is in your hands*. Basic Books.
- Turkle, S. (2011). *Alone together*. Basic Books.
- Turkle, S. (2015). *Reclaiming conversation: The Power of talk in a digital age*. Penguin.